



El 1 de Junio tomó posesión de la presidencia de la república el presidente José Napoleón Duarte. El acontecimiento tenía su importancia. Supuestamente era el primer presidente que llegaba al poder como resultado de unas elecciones libres en más de cincuenta años. Gran parte del pueblo salvadoreño -más de un millón y medio de votantes- y buena parte del mundo occidental y latinoamericano pensaron que algo nuevo estaba ocurriendo, algo capaz de dar un nuevo rumbo al trágico caminar del pueblo salvadoreño, sobre todo en estos últimos cinco años, en los cuales Duarte tuvo un poder compartido por más de dos años.

Se esperaba con expectación su discurso inaugural. ¿Ofrecería alguna solución nueva a los agobiantes problemas del país? ¿Sería capaz, si siquiera en el tono y en el estilo, de hacer esperar algo distinto? Duarte soltó -gritó mejor dicho- un discurso completamente reaganista. El discurso podía estar escrito por el Departamento de Estado o por quienes hacen los discursos a Reagan. Tras una invocación a Dios, el cuerpo del discurso se olvida completamente de lo que Dios puede estar exigiendo de la situación salvadoreña en los fines y en los medios para acabar demagógicamente con una oración en una lengua que él no conoce, el nahuatl.

El punto fundamental del discurso estaba en su juicio de la guerra y en el modo de solucionarla. Reagan puro, norteamericanismo puro, sumisión total a las tesis del Pentágono. La administración Reagan había elegido bien a su candidato y había sabido a quién apoyaba. "Con la ayuda de gobiernos marxistas como Nicaragua, Cuba y la Unión Soviética, se ha entrenado y armado un ejército que ha invadido a nuestra patria y sus acciones son dirigidas desde el exterior". Falso en todos sus puntos al tomarse la parte por el todo. No sólo el problema que ha dado lugar al conflicto es interior al país sino que el ejército rebelde no ha venido de fuera, no ha invadido nuestra patria, sus acciones no son dirigidas desde el exterior. Del exterior se les ha prestado ayuda, mucho menos que la ayuda que se ha prestado des



de el exterior al ejército contrario, al ejército gubernamental, sobre el que están cerca de cincuenta asesores norteamericanos y del que millares de soldados salen a Honduras y a otros lugares para recibir entrenamiento de las manos invasoras y dominantes norteamericanas. En los propios Estados Unidos y por un ex-agente de la CIA que escribe en el prestigioso The New York Times se afirma con rotundidad que la ayuda en armas por parte de Nicaragua es para la guerrilla absolutamente mínima ya desde 1981. Claro que esto es negado por Schulz y por Reagan, pero sin aportar prueba alguna de que esa ayuda se dé en términos militares, ni siquiera de que los comandantes guerrilleros salvadoreños tengan que esconderse en Managua para comandar la guerra.

En otro punto el mismo discurso se hace del todo reaganista, cuando acusa a los dirigentes políticos del FDR de no poder demostrar que ellos son el verdadero poder al que se someten los brazos armados de la guerrilla. Nunca han dicho esto los dirigentes del FDR. Duarte se ufana ahora de que ha quitado a Carranza de la Policía de Hacienda, mientras que Ungo no puede quitar a Villalobos de la dirección del ERP. Pero, ¿por qué no habla Duarte de cuando se aferraba al poder en 1980-1982 a pesar de que no podía destituir ni a García ni a Carranza ni a ninguno de los promotores de los escuadrones de la muerte? ¿por qué no dimitió entonces cuando bajo su mandato se asesinaba a más de veinticinco mil salvadoreños, en cuyos asesinatos hoy acepta la participación de los cuerpos de seguridad? Qué error, qué inmenso error decir estas cosas en un momento en que lo que se requiere es el buscar del modo más razonable posible un fin a la guerra. En vez de eso, Duarte se apega a la solución del Pentágono y nos receta más guerra con el pretexto de que el FDR no tiene poder sobre el FMLN. Pero ¿es que Duarte tiene poder sobre la Fuerza Armada y sobre las decisiones de Washinton?

Sin embargo, en los primeros días de su mandato Duarte ha continuado lo que ya se había iniciado en los últimos días del mandato de Magaña: una cierta mejora de





los cuerpos de seguridad. A la destitución de Caranza y nombramiento del coronel Gólcher ha seguido la supresión del organismo de inteligencia que en la Policía de Hacienda servía como uno de los focos fundamentales de la represión. La medida es importante y ya había sido anunciada por Duarte, pero también había sido reclamada por el embajador Pickering y por la Casa Blanca. Allí donde haya coincidencia entre lo que diga el Pentágono y lo que quiera Duarte, no habrá problemas, ni siquiera con la Fuerza Armada. Seguimos pensando que Duarte no tiene más campo de acción que el que le abra Estados Unidos, en lo que sean cuestiones fundamentales que tengan que ver con el conflicto armado. No se olvide, por otra parte, que la CIA ha tenido que defenderse en estos días de no haber sido ~~co~~corresponsable de las torturas y asesinatos de los cuerpos de seguridad salvadoreños, al estimar que esto era necesario como arma de la contrainsurgencia; su defensa ha mostrado muy poca validez. Lo que pasa es que ahora las circunstancias no son las de 1980 y ya no se requiere un terrorismo de estado para ~~cont~~ner el ímpetu y la fuerza del movimiento revolucionario.

Consecuentemente, la guerra, después de los quince días del gobierno de Duarte, sigue igual. La guerra está ahí y tiene su propia lógica. Lo novedoso en estos días, cuando se hablaba de que el FMLN se hallaba en graves dificultades, es que se anuncia de nuevo ~~el~~ relanzamiento de una nueva campaña militar por parte del movimiento revolucionario. Una campaña que amenaza con un sabotaje económico, so pretexto de que así se combate la economía de guerra del gobierno, pero que si se realiza, será con grave daño de una gran parte del pueblo salvadoreño. No tiene razón la propaganda del FMLN cuando a la destrucción por parte de la FA de la producción agrícola habla de guerra contra el pueblo y a la destrucción que pretende contra la producción agrícola en territorios no controlados por ellos no la ve también como daño contra el pueblo. El pueblo no está sólo en Morazán o en Chalatenango; está por todo el país y quien le destruye las fuentes de trabajo es muy



difícil que pueda ser aceptado por ese pueblo, por la mayoría de la población, como su amigo y aliado. Con todo la guerra sigue y el FMLN ha causado a la Fuerza Armada en estos últimos quince días, especialmente en la última semana, reveses importantes por el método de la emboscada y del ataque sorpresivo. La Marina nacional reconocía 14 muertos en una sola emboscada en la primera semana y en la segunda semana en acciones también en el Oriente el FMLN anuncia y COPREFA lo reconoce en parte que se han dado más de 30 muertos y 50 heridos. La Comisión de Derechos humanos oficial de El Salvador reconocen 1447 muertos de la FA en combate, aunque afirma que el FMLN-FDR tuvo 3952, cuando el FDR no combate y desde luego no son posibles esos muertos que en ese año representarían ~~en~~ cerca del 70% de sus combatientes, es decir, casi la desaparición del FMLN. Por el camino de la guerra, tenemos guerra para largo. De ahí la amarga decepción ante el discurso inaugural de Duarte.

Junto con el relanzamiento de la guerra, la quincena muestra una agudización de la protesta laboral. La gravísima huelga de correos lleva ya más de veinte días, causando millones de dólares en pérdidas. Se dice que no hay dinero para paliar ni siquiera ligeramente la desesperada situación laboral de más de mil empleados. Esa es la otra cara de la guerra y de la ayuda norteamericana. Tanto dinero y recursos para la guerra, tan poco para el desarrollo económico. Al final de la quincena la AID firmaba un contrato de ayuda por valor de 243.9 millones de colones, pero esto no va a tener resultados pronto en mejoras laborales y menos para los empleados del gobierno que anuncia ya para este año un déficit de 600 millones de colones. El descontento de los trabajadores que se va mostrando en incesantes huelgas está poniendo de manifiesto la desesperada situación del país -lo mismo está ocurriendo en Honduras y este paralelismo es muy significativo-, y esto va a suponer un grave desafío al gobierno de Duarte tanto por lo que supone de problema real como porque se está constituyendo en el caldo de cultivo para el relanzamiento de las fuerzas progresistas, que se van haciendo presentes cada vez con mayor audacia. Hay mayor libertad de prensa y a través de ella se va conociendo mejor el pulso febril del país.